



## hasta atrás

# Amaneceres

TEXTO: MÓNICA LAVÍN

Es verdad que la imagen del amanecer se ha choteado y ha sido abusada como principio de renovación, de comienzo y ya ponerla de título me provocó ciertas reservas por aquello de los lugares comunes: se amaron hasta el amanecer o nos amaneceamos juntos. Aunque sin duda es distinto acompañar a la noche hasta que se descascare en día, como testigos o presuntos implicados que anticipar la salida del sol en el vértice de la oscuridad que se vuelve mañana. La primera tiene tintes de parranda y complicidad, la otra de anticipo, de pureza mística. Pero en ambas hay ese placer de espiar la transmutación: de estar allí a contrapelo del quehacer humano, o al paso del de otros, raras avis del despertar del día, de la ciudad.

Hay un mucho de trasgresión, de íntimo espectáculo. Como en los atardeceres que muchos miran y que han causado loas y cuadros de paisajes y marinas y letras de canciones cursilonas, la luz naciente pinta el cielo a capricho, lo viste del corazón de fuego del sol. Si la caída de la tarde es estrepitosa y naranja herida, en cambio la mañana es tenue toronja. El amanecer aplaca a la noche por vía de la suavidad; la dulzura se impone al drama de lo oscuro y en lento tintineo se descubre lo negro que muda al rosáceo, a franco amarillo y despiadado blanco. Esa mudanza del ánimo y los colores de un paisaje efímero me lleva a dos amaneceres de los que he sido testigo privilegiado (testiga, diría Bibiana Aído, la ministra de Igualdad en España):

El primero a bordo del único crucero en que he viajado, como representante del mariachi tradicional Charanda, cuando el barco griego de Epriotiki Lines hizo su entrada al Bósforo y se nos encomió a cubierta donde los samovares proveían caldos de carne para calentar el cuerpo en el relente mañanero y el amanecer iba develando con lentitud el perfil de la ciudad en la que atracaríamos. Estambul oriental y majestuosa exhibía sus minaretes contra el cielo mandarina mientras violines y guitarrón desgarraban los

restos de la noche en melancólica pieza. El sonido era íntimo y antiguo frente a esa ciudad donde Occidente y Oriente desembocaban, como también lo serían los mercados y la mezquita azul y la cisterna de la mezquita.

El segundo fue también de viaje, porque tal vez es una forma de sorprenderse ante lo extraño más rotunda, cuando el tren se acercaba a Lisboa y por el altavoz escuché el anuncio de la Estación de Oriente. Sin saber que había dos estaciones y en cuál me recogería mi amiga que vive en Lisboa, pensé que aquello de oriente indicaba que estaba en las afueras y que más valía esperarse a la antigua de Santa Apolonia cuyos mosaicos eran famosos. Entonces por la ventana del compartimento de tren vi el amanecer portugués recortarse contra esa estructura alada de metal blanco, casi palmeras rozándose en lo alto. Tan blanca y airosa con el Mediterráneo a sus espaldas, no podía dejar de mirarla. Era una belleza inesperada. Después supe que era obra de Calatrava, el arquitecto valenciano que ha ido esparciendo sus puentes o edificios de hipnótica liviandad en varias ciudades del mundo. El corazón se detenía ante el espectáculo blanco rosado de un Portugal moderno y marino. No sólo entraba al país del fado, de Pessoa y Saramago (*La muerte de Ricardo Reis*), del bacalao y el oporto sino que Calatrava entraba a mi asombro por primera vez para querer buscarlo por todos lados.

Hay amaneceres más sencillos, de callada belleza, que llevan a rozar una dulce tristeza. Aún en estos donde la obra del hombre y la naturaleza se funden, reconozco esa misma dulce atoronzada y frágil visión del mundo. •

### MÓNICA LAVÍN

Ciudad de México, 1955. Escritora y periodista.

Sus más recientes novelas son *Despertar los apetitos* y *Hotel Limbo* (Alfaguara).

